

ESCRIBIR

ES ADENTRARSE,

ESCRIBIR

ES DESCUBRIR(SE),

ESCRIBIR ES PENSAR CON EL OTRO

ANDAR A LA REDONDA

MARELENE MATA

Para mí leer y escribir son métodos para descubrir. “Toda obra es un viaje (...) Toda obra es un trayecto” (Pelbart, 2009: 107). Un viaje que decidimos acompañar, por lo que leer es una expresión colectiva, al igual que escribir. Cuando escribimos abrimos una puerta de nuestro mundo interior que exhibe una parte de nuestras debilidades y vulnerabilidades. La puerta se abre al lector para invitarlo a conocer nuestra singularidad.

Esta operación, sin embargo, se encuentra vedada en el ámbito de la academia, bajo sus manuales y el cientifismo mecanicista. En mi

experiencia como investigadora social, escribir desde y para la academia me llevó a una espiral de contradicciones de la que no lograba salir. La posibilidad de una escritura más libre la había perdido, junto con la posibilidad de acercarme a la escritura como proceso creativo. La rigurosidad y los formalismos académicos, así como el lenguaje abstracto, a los cuales una se apega como científica social, me fueron minando la confianza en mi proceso de escritura. Escribir llegó a parecerme una tarea compleja y aburrida, antepoñía por encima de todo el “Ellos dicen / yo digo”. Mis argumentos

La rigurosidad y los formalismos académicos, así como el lenguaje abstracto, a los cuales una se apega como científica social, me fueron minando la confianza en mi proceso de escritura.

eran opacados bajo los argumentos del otro. Incluso a veces me cuestionaba si mi desconianza estaba atravesada por mi condición de género, pues escribir y colocarse como mujer socialmente construida, en un espacio como la academia, puede resultar complejo.

A partir de esa experiencia me interesé en esa dicotomía y descubrí que las formas de escritura han atravesado diferentes status dependiendo del contexto socio-histórico. Laurel Richardson en “La escritura. Un método de indagación” sostiene que las formas de escritura se fueron construyendo y jerarquizando a lo largo de la historia:

Desde el siglo XVII el mundo de la escritura estuvo dividido en dos tipos diferentes: literaria y científica. La literatura desde el siglo XVII fue asociada a la ficción, la retórica y la subjetividad. Mientras, la literatura científica fue asociada a los hechos del “lenguaje sencillo” y a la objetividad [...] En el siglo XIX, la literatura y la ciencia eran consideradas dos dominios separados. [...] A lo largo del siglo XX, las relaciones entre escritura de la ciencia social y la escritura literaria crecieron en complejidad. Las presuntas demarcaciones solidas entre “hecho” y “ficción”, entre lo “verdadero” e “imaginado” se hicieron opacas. (Richardson y Adams, 2019: 48).

Estoy de acuerdo en que hay que abrirnos a la posibilidad de generar conocimiento a partir de una escritura más libre; partir de la premisa de que escribimos para compartir, descubrir y pensar con el otro. Esto implica cuestionar los métodos de escritura dominantes, es decir, aquellos que únicamente aspiran a generar conocimiento válido y a ser publicados en revistas académicas, desde un formato establecido. No me refiero a anularlos por completo, si no a pedirles hacer un trabajo diferente. Un ejemplo de esta transgresión es la apuesta metodológica de algunos investigadores sociales en

la autoetnografía, este método desafía las formas canónicas de hacer investigación y permite analizar sistemáticamente experiencias personales para entender la experiencia cultural y social de los sujetos. Al mismo tiempo crea un acercamiento a una escritura más accesible que le da un lugar esencial a la subjetividad.

Un punto de encuentro entre la función de las ciencias sociales y la literatura es que permiten conocer la realidad social o “liberar la vida en donde quiera que esté encarcelada” (Deleuze, 1996: 9). Nombrar aquello que vi, oí y me sobrepasó. Dice el filósofo Peter Pál Pelbart: “El escritor es aquel que fue atravesado en demasía por lo que se desfiguró [...] por eso que es demasiado grande para él” (Pelbart, 2009: 111). Tanto como la científica social como la artista/poeta/escritora ven a través de un lente ¿y qué mejor que ver el mundo social a través de ambos? (Ellis, Adams y Bochner, 2019: 18-19).

Sin embargo, en el mundo de las ciencias sociales y la literatura aún prevalece algo de esa dicotomía socio-histórica de lo verdadero y lo imaginado de la que habla Laurel Richardson. Frente a este hecho, me parece fundamental destacar el trabajo intelectual de la escritora Cristina Rivera Garza, quien procura reconciliar la literatura con las ciencias sociales, recurriendo a métodos de la investigación social como la entrevista, etnografía, documentación, etcétera, para crear sus obras literarias. En su novela *Autobiografía del algodón* la autora indaga en la historia del norte de México y la experiencia de sus abuelos en Estación Camarón a través de viajes, recuerdos y archivos en una labor de índole investigativa exhaustiva y compleja.

La escritura de Rivera Garza es singular en el aspecto de que rompe con lo establecido, explora nuevos géneros que van más allá de lo tradicional. Sus obras incomodan y expone temas que pocos se atreven a poner en dis-

cusión: la injusticia social, la violencia de Estado, la violencia de género, entre otros que, son de extrema importancia traer a discu-

tir. Pienso en *El invencible verano de Liliana* en donde la autora reconstruye la historia de vida de su hermana Liliana, quien fue víctima de feminicidio en 1990 por parte de su ex novio. La escritora se enuncia a través de un lenguaje que se hace ella misma y reconoce que para llamar a las cosas por su nombre es indispensable inventar nuevos nombres:

Hostigamiento laboral. Discriminación. Violencia sexual. El violador eres tú. Para hablar así, para correr el velo que oculta la violencia que aqueja y mata a cientos de miles de mujeres dentro y fuera de sus hogares, ha sido necesario bregar contracorriente y participar junto con otros en la producción de un lenguaje preciso, alerta a las diferencias mortíferas de género. (Rivera, 2021: 52).

Deleuze ya decía en *Crítica y Clínica* que “cada escritor está obligado a hacerse su propia lengua” (1996: 11).

Mientras continuemos privilegiando un solo método de escritura perdemos otras formas de conocer y nos enfrascamos en la idea de que todo ya está dicho, jugando a ser Dios bajo la verdad universal.

Prefiero pensar la escritura como un acto de libertad, donde las ideas confluyen con otras. La palabra como arma, que cuestiona y ofende lo existente.

Prefiero pensar la escritura como un acto de libertad, donde las ideas confluyen con otras. La palabra como arma, que

cuestiona y ofende lo existente. Cuando escribimos creamos, creamos una lengua nueva: “El escritor [...] inventa dentro de la lengua una nueva lengua, una lengua extranjera en cierta medida” (Deleuze, 1996: 3).

Escribir es adentrarse, escribir es descubrir(se), escribir es pensar con el otro, no imponer una forma de expresión.

REFERENCIAS

- Deleuze, G. (1996). *Crítica y clínica. La literatura y la vida*. Madrid: Anagrama.
- Pelbart, P. (2009) *Filosofía de la deserción: nihilismo, locura y comunidad*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Richardson, L., y Adams, E. (2019). “La escritura un método de indagación”. En S. Bénard (coord.), *Autoetnografía. Una metodología cualitativa* (pp. 47-49). Universidad Autónoma de Aguascalientes / El Colegio de San Luis, A.C.
- Rivera, C. (2020). *Autobiografía de algodón*. Ciudad de México: Random House.
- Rivera, C. (2021) *El invencible verano de Liliana*. Ciudad de México: Random House.
- Ellis, C.; Adams, T. y Bochner, A. (2019) “Autoetnografía: un panorama Carolyn Ellis”. En S. Bénard (coord.), *Autoetnografía. Una metodología cualitativa*, pp. 17-42. Universidad Autónoma de Aguascalientes / El Colegio de San Luis, A.C.